

## MEDITACION DEVOCIONAL

### TENIDA CON LOS ALUMNOS DEL INSTITUTO CONCORDIA

En una familia cualquiera y semejante a tantas otras ocurrió lo siguiente: Una noche, la madre sube al cuarto de los niños para rogar a su hijo Carlos de 10 años que guarde sus juguetes y baje para tomar la cena. Pero Carlos no quiere oír. La madre le ruega por segunda vez, pero otra vez sin resultado. Finalmente hace una última tentativa y le dice: "Carlos, si no obedeces en seguida, tengo que decírselo a papá". Pero el hijo no quiere oír y no le hace caso a la madre. Entonces ella lo comunica al padre de la familia y éste, dirigiendo a su hijo una última exhortación, le dice: "Carlos, nuestra paciencia se acabó. Ahora mismo guardas tus juguetes y te vas a la cama." Pero el chico ya se ha metido demasiado profundamente en su obstinación y no obedece aun cuando el padre le propina una fuerte paliza y le pregunta: "Carlos, ¿quieres obedecer por fin?" Pero con lágrimas en los ojos y los labios apretados, Carlos mueve la cabeza para expresar su "no".

Ahora también el padre ha llegado al fin de sus recursos. Tristes y perplejos, él y su esposa se sientan en el living sin decir una palabra. Al cabo de un largo silencio lleno de pensamientos preocupados, el padre dice: "Yo sé lo que debo hacer". Se va al cuarto de niños, toma a su hijo que se ha perdido en su obstinación y rebeldía, le abraza fuertemente y le dice: "Carlos, eres tan malo que no me queda otro remedio que quererte." Y el chico, sin decir una palabra, junta sus juguetes y se va a la cama.

En un lenguaje figurado pero real, la Biblia nos presenta o describe la relación de Dios con los hombres como la relación de un padre con sus hijos. Dios nos dio la vida, nos cuidó y nos entregó el mundo para nuestro gozo, nuestro trabajo creativo y nuestra libertad. Pero los hombres, sus hijos, abusaron de esta libertad y no dieron las gracias al padre por su bondad sino que se cerraron en sí mismos frente a Dios, eligiendo sus propios caminos, caminos oscuros y malos. Se enredaron en su culpa y en las consecuencias de su desobediencia. Ahora ya son hombres cerrados y endurecidos que ya no pueden oír. No da resultado algo o pedirles algo o amenazarlos. Obviamente, la situación no

tiene salida alguna. Pero a Dios le afecta esta situación de sus hijos, los hombres, como a una madre y a un padre les afecta gravemente esa actitud cerrada y obstinada de su hijo. Y ocurrió lo increíble, lo que los hombres por sí mismos nunca podían imaginarse:

Dios se levantó y vino a nosotros en la persona de Jesucristo. La encarnación de Jesús, su entrega por nosotros en su pasión y muerte en la cruz son para nosotros una afirmación rotunda de que en verdad somos tan malos que —expresado en términos humanos— a Dios le queda solamente el remedio de amarnos. Tal es su asombrosa salida del callejón que aparentemente no tenía ninguna salida. Esto nos lo declaran las Sagradas Escrituras: que por amor Dios nos saca de la perdición. Ley y orden, que en sí también son necesarios, no pueden llevar a este resultado. Es cierto que las leyes, el orden son imprescindibles para la convivencia en el mundo, y los hombres mismos se empeñan en poner en orden su vida. Pero todo esto no nos trae la solución del problema más profundo de los hombres. Somos "demasiado malos". Nuestra enfermedad ha progresado hasta tal extremo que ya no puede ser tratada eficazmente con remedios regulares. Hay una sola salida, un solo camino de vida para todos, jóvenes o adultos: Hay que aceptar el amor de Dios que se nos ofrece en Jesucristo, su entrega voluntaria en favor de nosotros. Entonces todo lo restante, todo lo que parecía ser tan desesperado y carente de sentido, se hace sencillo. Aquel que ya no se opone a que sea tomado y vencido por el amor de Dios, ha encontrado el camino a la vida.